

en los pulmones, aunque parecen muy sencillas quizá sean muy complicadas. Por lo demás, es igualmente tan poco filosófico ver en éstas acciones una simple combustión de carbono, como mirar la formación de los músculos con la ayuda de la sangre arterial, cual una cristalización.

Es indudable que todas las propiedades de la materia obran en la organización, sin embargo no hay mas razón para encerrar los fenómenos del organismo en el círculo de la química, que para encerrar los de la química en la esfera de la mecánica. Pues que el oxígeno, en presencia de otros elementos de la materia animada manifiesta un estado de electrización positiva, se puede suponer que dé nacimiento á algunas acciones eléctricas en las modificaciones sufridas por la sangre;—pero esto no es mas que una hipótesis. Se ha hecho una tentativa basada en los experimentos de la descomposición de los cuerpos por la electricidad, para explicar la secreción por medio de las fuerzas eléctricas y tambien para suponer que las glándulas son órganos eléctricos, y hasta para ver en la acción de los nervios una consecuencia de la electricidad. Estas ideas, como todas las fantasías del mismo género me parecen, por lo que toca al presente, poco justificadas. Admitiendo la suposición de que los efectos eléctricos sean la manifestación de ciertas fuerzas pertene-

cientes á la materia, se seguiria de aquí, que no podria tener lugar ningun cambio sin que estos efectos se manifestaran mas ó menos; pero pretender explicar por la electricidad fenómenos cuya causa es desconocida, es lo mismo que reemplazar una palabra sin definición, por otra del mismo valor.

Ciertos animales presentan órganos eléctricos; pero en este caso sirven al animal como armas de defensa y para coger su presa. Es preciso clasificar estas teorías entre las de algunos discípulos superficiales de la filosofía newtoniana, que creían explicar las propiedades de la naturaleza animada por fuerzas mecánicas y la acción muscular por la expansión y contracción de vejigas elásticas. En esta vaga y singular opinión, el hombre no era mas que una especie de máquina hidráulica. Continuemos. ¡Podíamos trazar tantos sistemas! Así, por otra parte cuando se inventó la química pneumática, las estructuras orgánicas fueron consideradas igualmente como laboratorios en los cuales las combinaciones y descomposiciones hubieran dado nacimiento á las acciones vitales. Las contracciones musculares dependían de explosiones parecidas á las de las mezclas detonantes; y la formación de la sangre por el quilo era considerada como una pura disolución química! Ahora que los progresos de la ciencia nos han abierto nuevos y fecundos aspectos sobre la electrici-

dad, estas ideas se aplican naturalmente por los lógicos especulativos á la solución de algunos de los fenómenos misteriosos é impenetrables de los seres organizados; pero la analogía es demasiado lejana y mucho mas incompleta aun; los orígenes de la vida no pueden ser comprendidos por semejantes máquinas. Buscar dichas fuentes en los poderes de la electro-química, es buscar la vida en un campo de muerte:—la sustancia que tocais no os siente; la que miráis no os vé; á la que mandáis no os escucha.

PHILALETHES.—Deduzco de vuestros argumentos que á pesar de vuestra disposición á creer que el acto de la respiración introduce en el organismo una materia sutil cualquiera, no queréis sin embargo dejarnos creer que sea la electricidad, ni que haya razón alguna para suponer que la electricidad obra de ninguna manera en la producción de las funciones de la vida.

EL DESCONOCIDO.—Quisiera ponerlos en guardia contra la adopción de toda hipótesis sobre este motivo tan impenetrable y tan oscuro. Además, cualquiera que sea la dificultad que tengamos para definir la naturaleza exacta de la respiración, su efecto y sus relaciones con las funciones del cuerpo, son sin embargo estremadamente admirables. Un punto sobre el que no podemos tener duda, es la importancia capital del aire en la vida. Su acción sobre la sangre contribuye á fomentar la vi-

da y su función se verifica desde el momento en que la animación se da á conocer por la sensibilidad ó la voluntad. Bajo la influencia del aire el *punctum saliens* en el huevo recibe ya, por decirlo así, el soplo de la vida. En la economía de la reproducción de los animales, una de las condiciones mas importantes es la aireación del huevo y cuando esto no se verifica por la sangre de la madre, como en los mamíferos por la placenta, la naturaleza ha sabido reservar un medio de aireación (como en los reptiles ovíparos ó los peces) por el que el aire pasa sin obstáculo al través de los receptáculos en que se depositan los huevos. O á lo menos el mismo huevo recibe su aireación fuera del cuerpo al través de un cascarón, y cuando ha excluido el aire la incubación ó el calor artificial queda sin efecto. Los peces que depositan sus huevos en el agua en donde no hay sino una limitada cantidad de aire, crean combinaciones que casi parecerían el resultado de un razonamiento científico, aunque el hecho depende de un principio mas infalible, es decir del *instinto* de conservación de la especie. Estos peces que crían en la primavera y al principio del verano y que habitan las aguas profundas y tranquilas, como la carpa, el sollo, la tenca etc., depositan sus huevos sobre los vegetales acuáticos, por los cuales, bajo la influencia solar se distribuye una aireación constante en el seno de las aguas. La trucha, el

salmon, y los demás de la misma especie que crían á principios ó á fines del invierno y que habitan los ríos atravesados por corrientes rápidas y frías que vienen de la montañas, depositan sus huevos en donde haya poca agua, sobre pequeños montecillos de arena, lo mas cerca posible del origen de la corriente en donde haya una mezcla favorable de aire y agua. Y para alcanzar este objeto, caminan centenares de leguas contra la corriente y hasta por encima de las cataratas y de las esclusas: unos suben el Ródano y el Aar hasta las neveras de la Suiza; otros por el Danubio, el Isar y el Save, atraviesan los lagos del Tyrol y de la Styria y suben hasta los torrentes mas elevados de los Alpes Noriscos y Julianos.

PHILALETHES.—La relacion inmediata que existe entre la sensibilidad y la respiracion, lo prueba de una manera perentoria mi esperiencia personal. No puedo recordar nada de mi accidente de la otra semana en la cascada del Traun, á no ser una violenta y dolorosa sensacion de opresion sobre el pecho, á la cual la pérdida del conocimiento debió suceder inmediatamente.

EUBATHES.—Sin duda en los instantes que siguieron á vuestra caída no experimentasteis ningun sufrimiento puesto que estábais sin conocimiento cuando os salvó vuestro amigo el Desconocido. Hay creo en esta evidente relacion entre la sensibilidad y la absorcion

del aire por la sangre, una prueba favorable á la idea acabada de esponer, que la atmósfera proporciona al sistema alguna materia sùtil y etérea la que es quizá la causa de la vitalidad.

EL DESCONOCIDO.—Os suplico que os detengais un momento; es preciso que no os equivoqueis acerca de mis ideas. Creo muy probable que cierta materia sùtil que provenga de la atmósfera se encuentre por la respiracion en relacion inmediata con las funciones vitales; pero nada hay mas lejos de mi opinion que suponer, que esta sustancia sea la causa de la vitalidad.

PHILALETHES.—Esto es claro, segun el modo con que habeis tratado el asunto y sobre todo al acordarse de vuestra frase: «La sustancia á la que mandais no os escucha.» Creo no engañarme acerca de vuestras apreciaciones, si afirmo que no considerais la vitalidad como dependiente de las propiedades de la materia.

EL DESCONOCIDO.—Justamente es eso. Repito además que estamos, con respecto á esto, en la mas completa oscuridad, y con la mayor franqueza proclamo mi ignorancia. Sé que ha habido distinguidos fisiólogos que han creído que la organizacion daba nacimiento á poderes que la materia no posee naturalmente; asi como la sensibilidad seria una cualidad perteneciente á alguna combinacion desconocida. En cuanto á mí, doy poca importancia á todas estas vagas hipótesis, que no

tienen otro objeto que reemplazar las cosas desconocidas con palabras oscuras. No. La vida se debe á la presencia del alma. No podré creer jamás que ninguna division, refinamiento sutilacion, yuxtaposicion ni arreglo de las partículas de la materia puedan crear la sensibilidad; ni que la *inteligencia* pueda ser resultado de combinaciones de átomos insensibles y toscos. Preferiría creer que los planetas giran por su voluntad, ó su designio especial, alrededor del sol, ó que una bala de cañon razona cuando describe su curva parabólica. Los materialistas citan en favor de su doctrina, una idea de Locke que se preguntaba á sí mismo «si no habria podido agradar á Dios dar á la materia el poder del pensamiento.» A pesar de mi profunda admiracion por este gran lógico,—el fundador de la lógica moderna,—creo que no se presenta su espíritu tal como es en esta cuestion. Me parece que podria mucho mejor haber vuelto la oracion por pasiva, y preguntarse si habria podido agradar á Dios hacer que una casa fuese ella misma su propio inquilino.

EUBATHES.—No soy lo que se puede llamar un materialita absoluto; sin embargo me parece que sois demasiado severo para con esas modestas dudas de Locke. Permitid que os cite algunos argumentos de sabios fisiólogos en favor de esta opinion á que sois tan opuesto, sin pretender por eso presentarla como mia.

En los primeros tiempos de la vida, los tejidos de los seres animados son por decirlo así, análogos á la materia cristalizada en la que la vida sensitiva se muestra apenas. Las operaciones graduales por las que se desarrollan los nuevos órganos y los poderes que los rigen, inspiran de una manera notable, la idea de que la fuerza vital reside en la disposicion á la que estos órganos son debidos. Por la misma razon hay un acrecentamiento gradual de poder, en conformidad con el del perfeccionamiento de la organizacion; y tambien hay una disminucion gradual en relacion con la decadencia del cuerpo. Por lo mismo que la puerilidad de los primeros años se relaciona con la debilidad del organismo, por la misma razon la energía de la juventud y la potencia de la virilidad coincide con la fuerza corporal; y no podeis negar que, en la vejez la debilidad y la senectud intelectual atestiguan en el mismo grado el descenso de la organizacion humana.

La llama del espíritu, se apaga insensiblemente, al mismo tiempo que el calor de la lámpara humana, y se desvanece en el instante en que los elementos vuelven á la misma naturaleza muerta del seno de la cual les habia sacado la vida. Hubo una época en que el hombre mas célebre del mundo no era sino un átomo viviente, un feto de una forma organizada, dotada por todo poder, de la más rudimentaria facultad de per-

cepcion. Ciertamente, en el momento de su nacimiento, era difícil ver en el pequeño cuerpo, que llegó á ser Newton, el indicio de la menor inteligencia. Si se supone que un principio especial sea imprescindible á la inteligencia es preciso que este principio exista en la naturaleza animada. El elefante se aproxima mas al hombre en potencia intelectual, que la ostra al elefante; y en el mundo de la naturaleza sensitiva se podria construir una cadena desde el pólipo hasta el filósofo. Al presente, en el pólipo el principio sensitivo es divisible, y de un pólipo á un gusano de tierra se pueden formar dos ó tres seres y cada uno de ellos llega á ser un animal perfecto dotado de la percepción y la voluntad. Resulta de aquí, que el principio sensitivo posee á lo menos de comun con la materia, esta propiedad de ser divisible. Añadid á estas dificultades el incontestable hecho de que todas las altas facultades del alma dependen del estado del cerebro; acordaos que no solamente el poder intelectual sino hasta la misma sensibilidad se destruye bajo la presión de un poco de sangre sobre el cerebro, y tratad de resolver este problema. ¿Quereis otro argumento mas? Lo tomaré en la cesacion accidental de la vida, tal como ha tenido lugar en nuestro amigo Philalethes,—caso extraño en que la presencia del alma no se manifiesta por signo alguno y en el que la animacion no vuelve sino con la vuelta de la actividad or-

gánica. Seguramente todos estos ejemplos os muestran una dependencia íntima entre las propiedades de la materia y las facultades que considerais como pertenecientes al espíritu.

EL DESCONOCIDO.—Los argumentos que acabais de espresar son los que los filósofos materialistas emplean por lo general. Os imaginais que poseen en sí alguna fuerza: pero en realidad, están totalmente desprovistos de fundamento. Prueban que un cierto perfeccionamiento de la máquina animada es esencial para el ejercicio de las facultades del espíritu,—pero esto no prueba que el espíritu sea la máquina. La vision tiene necesidad de un ojo para ejercerse de igual manera que el pensamiento necesita del cerebro; pero el nervio óptico y el cerebro no son sino instrumentos materiales de un poder que no tiene nada de comun con ellos. Lo que acabo de decir acerca del sistema nervioso, se aplica igualmente á los demas órganos. Detened los movimientos del corazon y no existirá ya ni sensibilidad ni vida; sin embargo el principio motor no está, ni en el corazon, ni en la sangre arterial que envia á todas las partes del cuerpo. Un salvaje que ve la rueda de una máquina de vapor detenerse rápidamente puede imaginarse perfectamente que el principio del movimiento está en la rueda; le será imposible adivinar que este movimiento depende primeramente de la accion del vapor, despues del fuego depo-

sitado bajo una caldera de agua. El sabio, por el contrario, no se engaña en esto; ve el fuego y le considera inmediatamente como la causa de este complicado movimiento. Pero uno y otro son igualmente ignorantes en lo que concierne al *fuego divino* que hace mover el mecanismo de las estructuras organizadas.

Sobre este asunto estamos aun en la última ignorancia y no podemos hacer mas que atestiguar nuestras propias impresiones. El mundo externo ó material, no es en definitiva para nosotros mas que un amontonamiento de sensaciones. Remontándonos á los primeros recuerdos de nuestra existencia, encontramos, un principio constantemente presente que se puede llamar la *mónade* ó el *yo*, que se asocia íntimamente con sensaciones particulares producidas por nuestros órganos. Estos órganos están en relacion con sensaciones de otro género y les acompañan por decirlo así, al través de las metamorfosis corporales de nuestra existencia, dejando temporalmente una línea de sensacion que las reúne todas; pero la *mónade* no se ausenta jamás y no podríamos asignar ni principio ni fin, á sus operaciones. En el sueño se pierde algunas veces el principio y el fin de un delirio y se recuerda el medio. Un sueño no tiene la mas pequeña relacion con otro y sin embargo se tiene conciencia de una variedad infinita de ensueños que se han sucedido sin que la mayor parte del tiempo

podamos claramente encontrar su relacion,—porque hay entre ellos diferencias y lagunas aparentes.

Tenemos las mismas analogías para creer en una infinidad de *existencias anteriores* que han debido tener entre sí misteriosas relaciones. La existencia humana puede considerarse como el tipo de una vida infinita é inmortal y su composicion sucesiva de sueños y delirios podria ofrecernos, ciertamente, una imágen aproximada de la sucesion de nacimientos y muertes, de que la vida eterna está compuesta. Que nuestras ideas provienen de sensaciones debidas á nuestros órganos, no se puede negar como la relacion que existe entre las verdades matemáticas y las fórmulas que las demuestran. No obstante estos signos no son los hechos, de la misma manera que los órganos no constituyen la idea.

La historia entera del alma presenta el cuadro de un desarrollo efectuado segun cierta ley; no conservamos el recuerdo mas que de los cambios que nos han sido utiles. El niño ha olvidado lo que hacia en el seno de su madre; pronto no recordará nada de los sufrimientos y juegos que formaron sus dos primeros años. Sin embargo, se ven algunas de las costumbres adquiridas en esta edad subsistir en nosotros durante toda la vida. Con la ayuda de los órganos materiales, es como el principio pensador, elabora el tesoro de sus ideas, y

las sensaciones se modifican con el cambio de los órganos. En la vejez, el espíritu embotado cae en una especie de sueño, del que será despertado por una nueva existencia.

La inteligencia humana, en su organización actual, es naturalmente limitada é imperfecta pero esta imperfección depende de un mecanismo material. Con una organización mas perfecta, es probable que la inteligencia, gozaria de un poder mucho mas extenso. Si el hombre organizado tal como lo está al presente, fuera inmortal, seria lo mismo que si la inmortalidad se fijara en una máquina. En cuanto á la inteligencia, sufriria una especie de muerte en la que los recuerdos se perderian sucesivamente en el trascurso de los siglos; seria una serie de verdaderas muertes, de modo que nuestro ser inmortal estaria relativamente á lo que aconteció hace mil años, en igual condicion que el adolescente que pierde el recuerdo de los acontecimientos de su niñez.

Se trataria en vano de explicar la manera como el cuerpo está unido al pensamiento. Los nervios y el cerebro están evidentemente en íntimo enlace; ¿pero en que relacion? Hé aquí lo que es imposible definir. A juzgar por la rapidez y la infinnita variedad de los fenómenos de la percepción parece muy probable que hay en el cerebro y en los nervios una sustancia infi-

nitamente mas sutil que todo lo que la observacion y la experiencia han llegado á descubrir en ellos. Así se puede suponer que la union inmediata del cuerpo con el alma y de la materia con el espíritu, tiene lugar por el intermedio de un cuerpo fluido invisible, una especie de elemento etéreo inaccesible á nuestros sentidos, y que es quizá al calor, á la luz y á la electricidad lo que estos son á los gases. El movimiento es producido mas fácilmente por la materia ligera y nadie ignora que los agentes imponderables, tales como la electricidad, echan por tierra las mas fuertes construcciones. Lejos de mí la pretension de establecer sobre este asunto, una teoría absoluta y particularmente nunca admitiré la hipótesis de Newton, que coloca la causa inmediata de nuestras sensaciones en las ondulaciones de un medio etéreo. Sin embargo no me parece improbable que á algo del mecanismo delicado é indestructible de la facultad pensadora se adhiera el principio sensitivo, aun en un estado diferente. Pues á pesar de la destruccion causada por la muerte de los órganos materiales, tales como los nervios y el cerebro, el alma puede, sin duda, conservar indestructiblemente alguna cosa de aquella naturaleza mas etérea. A veces creo que las facultades llamadas instintivas, pertenecen á esta delicada naturaleza.

La conciencia parece tener una fuente inagotable y

quedar en oculta relacion con una existencia anterior.

EUBATHES.—Todas esas suposiciones son muy bellas, mi querido metafísico, pero no creo casi nada de eso. Además si sois cristiano debéis reflexionar que la revelación no autoriza en nada vuestras ideas sobre la naturaleza espiritual; la inmortalidad dogmatizada por el cristianismo se basa en la resurrección del cuerpo.

EL DESCONOCIDO.—Si necesario fuera podría encontrar en el Antiguo ó Nuevo Testamento, argumentos en favor de la teoría espiritualista que acabo de esponeros. Decir que el hombre ha sido creado á imágen de Dios, es decir que su organizacion ha sido establecida para la inteligencia. El mismo Cristo ¿no ha dicho al hablar del Dios de Abraám, Isaac y Jacob: «No es el Dios de los muertos sino el de los vivos»? ¿San Pablo no representa al alma vistiéndose de un cuerpo nuevo y purificado y no recuerda la analogía del gérmen viviente en el grano de la planta, que no es vivificado sino despues de la muerte aparente? Por otra parte, la destruccion de nuestro planeta por el fuego, con el fin de que se purifique y se haga digno de servir de morada á los elegidos; ¿no está en perfecta armonía con las ideas que me he atrevido á trasmitir?

EUBATHES.—No puedo hacer coincidir vuestras ideas con la interpretacion que acostumbro á oír de las Escrituras. Admitís que todo lo que pertenece á la vida

material depende de la organizacion del cuerpo. Sin embargo quereis que despues de la muerte el alma se revista de un nuevo cuerpo, que este cuerpo se haga dichoso ó desgraciado por un sistema de recompensas y castigos en relacion con las acciones cometidas por otro cuerpo completamente distinto de aquel. Puede suceder que una organizacion especial tenga una tendencia hácia el mal. Suponer que el cuerpo resucitado sea castigado por crímenes cometidos por un organismo en lo sucesivo disuelto y destruido, me parece contrario á todo principio de eterna justicia.

EL DESCONOCIDO.—Nada hay mas absurdo,—hasta podría decir mas impropio,—que la pretension del hombre, tan limitado por los sentidos materiales, de razonar sobre la justicia eterna! En vuestros juicios sobre un tema tan elevado, aplicais además ese mismo restringido poder, del que os habeis servido para tratar de refutar la indestructibilidad del principio pensante con la ayuda de malos argumentos sacados de la division aparente del principio vital en el pólipo. Parece que habeis olvidado, que decir, que una cualidad es susceptible de aumento no significa que pueda ser destruida. Si el conocimiento del bien ó del mal, pertenece constantemente al principio pensante, del hombre (lo que no dudo) las recompensas y los castigos serán su consecuencia natural. Luego la indestructibili-

dad de la facultad de pensar es necesaria al cumplimiento de la justicia eterna.

Segun vuestro modo de ver, no se podrian imponer justos castigos á los crímenes, ni aun en esta vida; pues las sustancias de que están compuestos los séres humanos sufren una renovacion rápida y al cabo de algunos años (1) no existe ya un solo átomo de los que formaban el cuerpo, Sin embargo el mismo materialista se ve obligado en su vejez á sufrir, por las locuras de su juventud, y no acusa á la suerte de injusta cuando su degenerado cuerpo completamente cambiado, padece las consecuencias de los placeres disfrutados en su juventud. Considero la conciencia como una facultad del alma adaptada para las pruebas de esta existencia mortal. Y esto se relaciona perfectamente con el fondo del cristianismo que no me parece en contradiccion con la ciencia. Hé aquí por qué al pretender aplicar la ciencia positiva á la solucion de los grandes problemas del alma, no rechazo las luces que la fisolofía religiosa pue-

(1) Menos aún. En el intervalo de un mes nuestro cuerpo aparece renovado por completo en todas sus moléculas constitutivas.—Osa-menta, carne, sangre y moléculas por moléculas son sin cesar separadas y reemplazadas por otras nuevas que la respiracion y la alimentacion imponen sin tregua á nuestro organismo. La sustancia cambia, el alma queda.

C. F.

de suministrarnos. No solo la obediencia á los preceptos de la religion nos prepara un estado preferible de existencia en la otra vida, sino que tambien tiende á hacernos mas felices en esta. Por su influencia, el olvido de los placeres sensuales y la superioridad de los goces del alma se establecen en nuestro espíritu, mostrándonos, como foco de nuestras afecciones, el gran ideal de la inteligencia personificada en el Ser Supremo. La posibilidad que tenemos de formarnos una idea, por imperfecta que sea de la Inteligencia infinita, creo, es un argumento bastante fuerte de nuestra inmortalidad, un testimonio que existe en una relacion mediata entre nuestro conocimiento finito y la sabiduría eterna.

PHILALETHES.—Vuestra manera de considerar este asunto me agrada bastante. Vuestras ideas se armonizan completamente con las de la vision del Coliseo, que me ha hecho entrever el estado del alma en sus diversas existencias en los diferentes mundos del espacio. El materialismo me ha parecido siempre, hasta en mi juventud, una doctrina fria é insuficiente que tiende por necesidad al ateismo. Tengo el mismo parecer sobre el sistema de los fisiólogos, que enseñan, que el crecimiento gradual de la materia, estando por sí misma dotada de irritabilidad y sensibilidad, y obteniendo por sus propias fuerzas los órganos necesarios al

desarrollo de sus facultades, puede elevarse finalmente hasta la existencia inteligente;—sistema que he oido exponer á menudo en los anfiteatros de medicina.—Pero no nos falta mas que un paseo al través de las campiñas floridas, bajo las verdes arcadas de la selva, ó por las orillas de un rio para hacer desvanecer estos pensamientos, y fijar nuestras contemplaciones sobre el Autor de la naturaleza. En todas las propiedades de la materia, he reconocido siempre los instrumentos de la divinidad. Los inflamados rayos solares, y el leve soplo del céfiro, vivifican y animan las formas vegetales sobre que actúan; el grano insensible, el huevo inerte destinado á renacer, en una nueva existencia, me facilitan tan bien como las lecciones de la vida, el testimonio de una inteligencia suprema, y divina. Veo en el mundo material, el amor como principio fundador y en este amor siento un atributo divino.

Dios en la naturaleza: esta es la fé reflejada en mi alma, este es el sentimiento íntimo que poseo de la eterna presencia del pensamiento divino obrando sobre las diversas formas del gran universo. Ante la naturaleza santa y tranquila, en medio de estas contemplaciones, encuentro mi alma conmovida y elevada por nuevas sensaciones y por esperanza indefinibles en las que penetra el ardiente deseo de la inmortalidad. Los nombres

célebres de las pasadas edades y de lejanos países parecen que toman una nueva vida á mi alrededor y en los monumentos funerarios de aquellos que nos dejaron restos de su existencia gloriosa, encuentro tambien el decreto de la indestructibilidad de la inteligencia.

Esta conviccion aunque considerada generalmente como sentimental y poética, creo es un argumento de un gran valor filosófico en favor de la inmortalidad del alma. En las costumbres é instintos de los animales jóvenes en sus movimientos y sus inclinaciones, se puede trazar una relacion íntima con el pensamiento de su estado.

Sus distracciones, tienen siempre alguna afinidad con su manera de cazar ó coger su presa; y los pajarillos hasta en el nido muestran una cierta ternura que mas tarde cuando su cuerpo se desarrolla se presentará bajo las formas graciosas que acompañan al instinto de la reproduccion y de la conservacion de la especie.

El deseo de gloria, de los honores, de la fama imperecedera y la constante perseverancia en el saber, tan habitual en todos los espíritus jóvenes ardientes y curiosos, son para mí otros tantos indicios de la naturaleza progresiva é infinita de la inteligencia.—Nuestras esperanzas que frecuentemente quedan sin realizarse en la tierra pertenecen á una naturaleza mas

elevada que no puede tener su completo desarrollo sino en una existencia mejor.

EL DESCONOCIDO.—El sentimiento religioso y la verdadera filosofía ejercen siempre una influencia bienhechora sobre el espíritu. En la juventud, en la salud y en la dicha, la idea de Dios despierta en el fondo del alma un sentimiento de reconocimiento y adoración, y purifica al mismo tiempo que eleva. Pero en los días de la desgracia, en las horas de sufrimiento y bajo el peso de la vejez, es cuando se experimentan los verdaderos consuelos de los preceptos religiosos. Cuando una sumisión completa á la Voluntad divina presenta los deberes bajo el aspecto de placeres intelectuales, la esperanza de la inmortalidad hace renacer facultades que se creían estinguidas y dan un nuevo impulso al espíritu abatido. Esta esperanza es como el faro que, con su esplendente brillo, guía hácia su querido hogar al marinerito agitado sobre la mar tempestuosa; esta esperanza nos atrae y confiamos en ella, del mismo modo que á la aproximación de esas ensenadas tranquilas y deliciosas rodeadas de bosquecillos admirables y de ricos pastos, el piloto noruego, espuesto al furor del huracán en el mar del Norte, se refugia tranquilamente en aquellas límpidas aguas que le sonríen. La certidumbre científica de la inmortalidad del alma y la contemplación anticipada de aquella vida futura análoga á la nuestra,

pero mas elevada y mas bella me parecían ofrecer á nuestros pensamientos, entre los áridos desiertos de la vida, uno de los verdosos oasis en los que saltan aguas frescas y puras, donde el viajero agobiado de sed y de fatiga, viene á encontrar el reposo y la frescura. Su influencia sobrevive á todas las alegrías de este mundo y se acentua mas vivamente que nunca, cuando llegan la decadencia de los órganos y la debilidad del cuerpo. Su presencia sobre el horizonte de la vida es semejante á la de la estrella de la tarde, en la que se saluda de antemano al mismo astro que será pronto la estrella de la mañana y cuya luz amiga sucederá á las sombras de la muerte.

Sir Humphry Davy trata muy á menudo de la demostración científica de la existencia del alma y de la inmortalidad. Las páginas precedentes contienen los principales argumentos de este gran problema,—en pró y en contra. Estos argumentos acaban de ser realizados en estos últimos años por las tareas interesantes de los fisiólogos franceses, entre otros, por las de M. Claude Bernard. Los últimos partidarios de la materialidad del alma no pueden apoyarse ahora sino en las fantasías de su imaginación (V. nuestra obra *Dios en la Naturaleza*).

El ilustre químico inglés vá á veces en sus concepciones intelectuales mas lejos aun de lo que manifiesta aquí. No solo se siente autorizado para proclamar con convicción la eternidad de las almas, su reincarnación, su existencia separada del cuerpo, sino que en sus investigaciones sobre el modo de reunión terrestre del alma y del

cuerpo, ha emitido (como se acaba de ver en las anteriores páginas) la hipótesis de la existencia de un cuerpo flúido,—llamada recientemente «la teoría del periespíritu;» pero encontramos además en sus memorias ciertos pasajes significativos acerca de la existencia posible de almas superiores á las del hombre. Medítese entre otras la siguiente reflexión.

«Somos los señores de la Tierra, pero quizás no seamos mas que los servidores de gigantescos seres que nos son desconocidos. La mosca que estruja nuestro dedo no conoce al hombre, y no tiene conciencia alguna de su superioridad sobre ella. Por la misma razón puede haber seres pensadores, cerca ó alrededor de nosotros, que no podemos ver ni aun imaginar.

»Sabemos poco, y sin embargo tengo la fé de que sabemos bastante para esperar la inmortalidad, quiero decir la inmortalidad individual de la mejor parte de nosotros mismos.»

QUINTO DIALOGO.

APOLOGIA DE LA QUIMICA

O FILOSOFIA DE LAS CIENCIAS.